

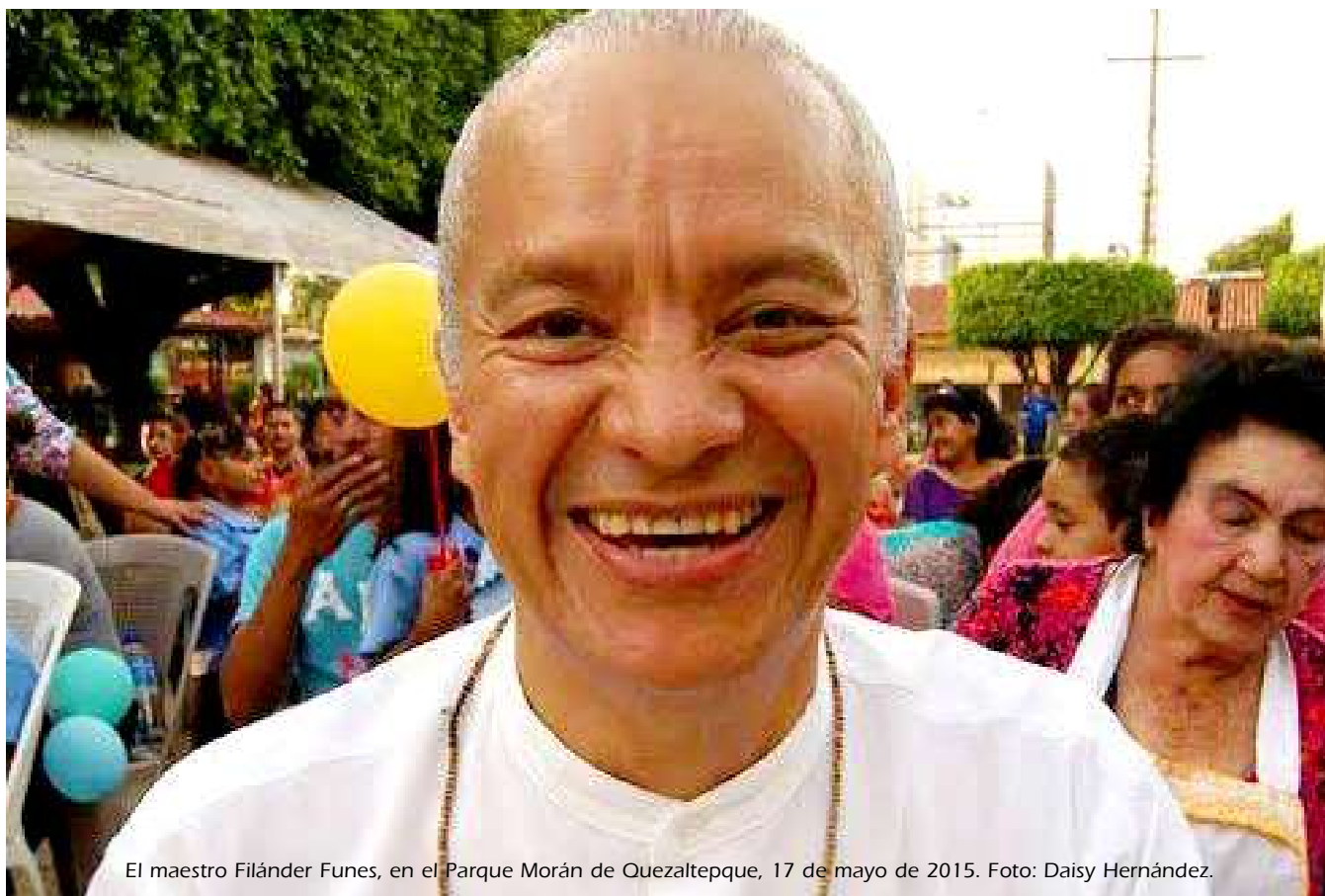
Número 1563 • Sábado 28 de marzo de 2026

Tres Mil

REVISTA CENTROAMERICANA DE ARTE Y CULTURA | FUNDADA EN 1990

Director: Otoniel Guevara | Subdirectora: Karen Ayala

Filánders Funes, el Maestro



El maestro Filánders Funes, en el Parque Morán de Quezaltepque, 17 de mayo de 2015. Foto: Daisy Hernández.

3-10 Homenaje a Filánders Funes • NARA MANSUR CAO, CIRENAICA MOREIRA, AÍDA PÁRRAGA, LORENA SÁENZ, KEVIN CASTILLO GUILLÉN, LEONARDO MARTÍNEZ, GIOVANNY GIL, JOSÉ CARLOS RAMOS, MAURICIO GONZÁLEZ, ISRAEL ELÍAS BOJORGE, INGRID ELÍAS, HOMERO LÓPEZ, JULIO MOLINA, ELIOMIN ZELAYA.

10 Geopolítica para personas incrédulas que no han olvidado a Nuestra América • RAFAEL PAZ NARVÁEZ

11 La poesía es • VITO DAVOLI

12 Búsqueda sin término • ÁLVARO MATA GUILLÉ

12 Destruyete tú mismo • MATHEUS KAR

Tres Mil

REVISTA CENTROAMERICANA
DE ARTE Y CULTURA
FUNDADA EN 1990

DIRECTOR
Otoniel Guevara

SUBDIRECTORA
Karen Ayala

CONSEJO EDITORIAL
Daisy Zamora
Óscar Flores López
Guillermo Acuña
Vladimir Baiza
Rudy Gomez

REFERENTES
Argentina **Marta Miranda**
Colombia **Omar Ortiz**
Cuba **Verónica Alemán**
Dominicana **Leonardo Nin**
Estados Unidos **Juana M. Ramos**
Francia **Carlos Ábrego**
Italia **Rocío Bolaños**
Panamá **Consuelo Tomás**
Paraguay **Norma Flores Allende**
Uruguay **Gustavo Wojciechowski**

COLABORADORES ESPECIALIZADOS
Carlos Cañas Dinarte
Rafael Paz Narváez
Javier Fuentes Vargas
Gaetano Longo
Álvaro Mata Guillé
Matheus Kar
Alberto Pocasangre
Vladimir Amaya

COLABORADORES GRÁFICOS
Gonzalo Fraguí
Luis Galdámez
Ulises Palacios
Augusto Crespín
Isaías Mata
Eduardo Rodríguez

Revista TresMil
no se compromete a publicar
colaboraciones no solicitadas.

Publicamos textos exclusivos
de creación literaria, pensamiento
crítico y de rescate histórico
y literario, principalmente de temas
y autores centroamericanos.

PALABRAS

Las manos, el pachuli y la voz del **inolvidable** Filándér

27 de marzo

Mientras la humanidad contempla, entre aturdida, indignada y estupefacta las declaraciones del trastorno de personalidad narcisista, deterioro cognitivo y demencia delirante del líder de la nación más poderosa del planeta, acá, en esta breve geografía, celebramos el **Día Mundial del Teatro**, celebrado cada 27 de marzo desde 1962.

En vista de que en nuestra breve región centroamericana debatir sobre políticas culturales, derechos laborales y acceso a la educación artística no es tema de importancia en la agenda de los gobiernos, nosotros nos concentraremos en un homenaje largamente pospuesto a uno de los hombres más importantes del Teatro regional, el maestro quezalteco **Filándér Funes**, muerto trágicamente hace casi 11 años.

Su compañera, **Claudia Farela**, quien ha mantenido viva la Escuela “Arte del Actor” fundada en 1998 por el maestro, también ha sostenido con arduo trabajo la memoria de este excéntrico y pertinaz pilar del teatro salvadoreño. Recuerdo, entre otras iniciativas impulsadas por Claudia, que se nombrara en honor al maestro la pequeña sala del Teatro Nacional.

No se pudo. O no se quiso, que es peor.

En esta ocasión hemos convocado a algunos de sus compañeros de proyectos y sueños para que testimonien sobre la vida y obra del maestro. Los nombro: **Nara Mansur Cao**, **Cirenaica Moreira**, **Aída Párraga**, **Lorena Sáenz**, **Kevin Castillo Guillén**, **Leonardo Martínez**, **Giovanny Gil**, **José Carlos Ramos**, **Mauricio González**, **Israel Elías Bojorge**, **Ingrid Elías**, **Homero López**, **Julio Molina** y **Eliomin Zelaya**.

Agradecemos la vital colaboración de Claudia Farela, quien nos puso en contacto con los que hoy escriben, así como por facilitar las fotos que ilustran

este número de los archivos de la Escuela Arte del Actor

El 17 de mayo de 2015, la Fundación Metáfora de El Salvador, inauguraba el IV Festival Latinoamericano de Poesía Joven «Amílcar Colocho», en Quezaltepeque, el pueblo natal de Filándér Funes. Este Festival estuvo dedicado a él, por su destacado y desinteresado apoyo con los festivales de Metáfora, de la cual era ferviente colaborador, pero principalmente por su valioso aporte a la cultura salvadoreña, especialmente en su oficio: El teatro.

La foto que hoy ilustra nuestra portada se la tomó **Daisy Hernández**, amiga quezalteca, y lejos estábamos de sospechar que sería una de las últimas del maestro, donde se le aprecia irradiando su natural esplendor.

Tendremos una segunda parte de este homenaje, donde se redondeará el perfil de Filándér; mientras, esperamos haber hecho un poco de justicia, algo de lo que el pederasta naranja y su amigo el genocida no conocen en absoluto.

Lo otro de hoy

Geopolítica para personas incrédulas que no han olvidado a Nuestra América, de **Rafael Paz Narváez**, despliega las cartas que le permiten jugar a nuestro continente en un mundo donde, a pesar de no recibir oleadas de misiles, siempre toca asumir las consecuencias de hambre, opresión, marginación y muerte que caen sobre nuestras sorprendidas cabezas.

Una disertación sobre las entrañas conceptuales de la poesía, por **Vito Davoli**. En **Búsqueda sin término**, **Álvaro Mata Guillé** medita sobre la única trascendencia del ser humano: la poesía. Y **Matheus Kar** reflexiona alrededor del papel de los poetas, a propósito de la celebración mundial de la poesía. Un tema ético que siempre es pertinente lanzar al ruedo.

Nuestro correo:

administracion@revistaculturaltresmil.org

FILÁNDER

Nos besa

Escribe: Nara Mansur Cao | Poeta y dramaturga cubana

Filánders Funes fue nuestro profesor de teatro en la Universidad de las Artes entre 1987 y 1992 — y digo teatro, no actuación—, porque sus clases eran viajes y aproximaciones a muchas áreas de esta manifestación artística y del arte en general. Fue mi grupo al primero que le dio clases, coincidió con un nuevo plan de estudios por el cual actores, teatrólogos, dramaturgos, directores, convivíamos en modo taller la mayor parte del tiempo. Filánders era muy joven entonces y muy exigente. Traía de sus estudios en la antigua Unión Soviética un enorme bagaje: conocimos a través suyo —por lecturas, videos, conversaciones— escuelas de teatro, artistas, que nos movilizaron enormemente: Heiner Müller, Thomas Bernhard, Meyerhold, Vajtángov —siempre hablaba del montaje de *La princesa Turandot*—, los títeres de Obraztsov —que fuimos a ver al Teatro Musical de La Habana. Hablo desde un nosotros porque también fue muy importante su idea de grupo, de trabajo en equipo, junto al carácter artesanal y ético de nuestro trabajo. Ese deber ser del teatrista: el entrenamiento psicofísico y también su formación intelectual, espiritual. Nos invitó a llevar un diario, a través del cual registramos la mirada propia y su cuestionamiento. Las clases eran un taller de pensamiento crítico en el que aprendimos a argumentar, a consensuar, a poner el cuerpo.

Veíamos su forma de dirigir, su teatralidad específica, tan llena de artificio, tan lejos de una escena representativa. Hicimos pequeñas obras propias, adaptaciones, versiones de la tragedia griega, de la commedia dell'arte, del circo.

Él era un artista migrante latinoamericano en América Latina —del sur al sur, como lo soy yo—, aportaba esa rareza, esa



Maestro Filánders Funes con su grupo de estudiantes de teatro en el Instituto Superior de Arte de Cuba

descolocación, la no coincidencia con lo hegemónico y dominante, que viéndolo a la distancia, siento como un gran lección.

Aunque en tercer año de la carrera elegí Teatrología volví a los ensayos al año siguiente; trabajamos en una adaptación de *Los intereses creados* de Jacinto Benavente e hice mi trabajo de tesis sobre ese proceso, por la importancia que le doy a esa zona de la crítica que participa y testimonia, construye su terminología junto a la práctica escénica.

Filánders es siempre joven para mí, siempre se ríe, es travieso, habla y hace anotaciones en ruso en su libretica dentro de su morral, tiene el pelo rizado, está muy perfumado, es muy coqueto, delicado pero al mismo tiempo con una personalidad fuerte. No es para nada frágil, no titubea, es decidido, defiende con toda su alma sus creencias. Su fe en el teatro y en la belleza es infinita. Nos impulsa a hacer cosas por nosotros mismos, hasta los regalos para intercambiar.

Nos conmina a presentar ejercicios de dirección en cada clase. Toma café y dice que es más rico cuando se toma con queso a la misma vez. Es muy ágil, parece que salta, se estira, tiene algo felino pero es el espíritu de la juventud, de la niñez que tiene, esa curiosidad casi pícara. Nos besa.

Creo que nos marcó a muchos de nosotros con cierta melancolía y también con el espíritu sagrado de la tarea: llevar un diario, ser consecuentes con las rutinas de trabajo, estudiar, estudiar, descubrir zonas no costumbristas, no acostumbrarnos a eso que somos, desafiarnos siempre; siempre se puede más. Investigador nato, artista incansable, ama la vida y como cada 22 de septiembre nace, florece, y por eso hoy lo celebramos a él con toda la gratitud posible, con nuestro corazón un poco más triste y con nuestros pensamientos más lúcidos y de más nobleza y piedad. Muchas gracias y mucho amor siempre para ti en la vida siempre, querido Filánders.

FILÁNDER

Nos inspiró con una visión del teatro extremadamente mística

Escribe: Kevin Castillo Guillén | Actor y profesor de teatro

Recuerdo a Filánder como una persona sumamente intimidante en un buen sentido porque indudablemente era alguien admirable.

No recuerdo exactamente cuál fue la primera vez que lo vi, supongo que fue en una presentación en Teatro Nacional de San Salvador y alguien me lo señaló y pude ver en él ese semblante de teatrista, de símbolo del arte salvadoreño. Un hombre vestido de negro con facciones pétreas pero al mismo tiempo una curiosidad infantil en la mirada como si nos estuviera diciendo con su semblante “ya ven que está bien chivo el teatro”.

Lo más intimidante para mí fue cuando él llegó a ver una presentación teatral del grupo aficionado en el que yo trabajaba en aquel momento; y él estaba allí: un hombre que había estudiado teatro en Rusia y que era “el” maestro de teatro salvadoreño por excelencia. Era evidente que era una eminencia. Más adelante pasé a formar parte de un proceso formativo en la Escuela Ate del Actor y lo más impresionante de todo y lo más inolvidable para nosotros era **cuando teníamos la oportunidad de verlo dirigir muy comprometidamente y muy severamente, soltando palabrotas rusas y europeas en el momento en que se apasionaba con lo que estaba haciendo**; pero los actores a su alrededor entendían que aquellas palabrotas no eran personales. Hoy en día las nuevas generaciones dirían: “es que ustedes normalizaron la violencia, es que ustedes romantizan los maltratos”; pero el código comunicativo en el cual se mostraba el verdadero respeto que sentíamos nosotros hacia él y él hacia nosotros

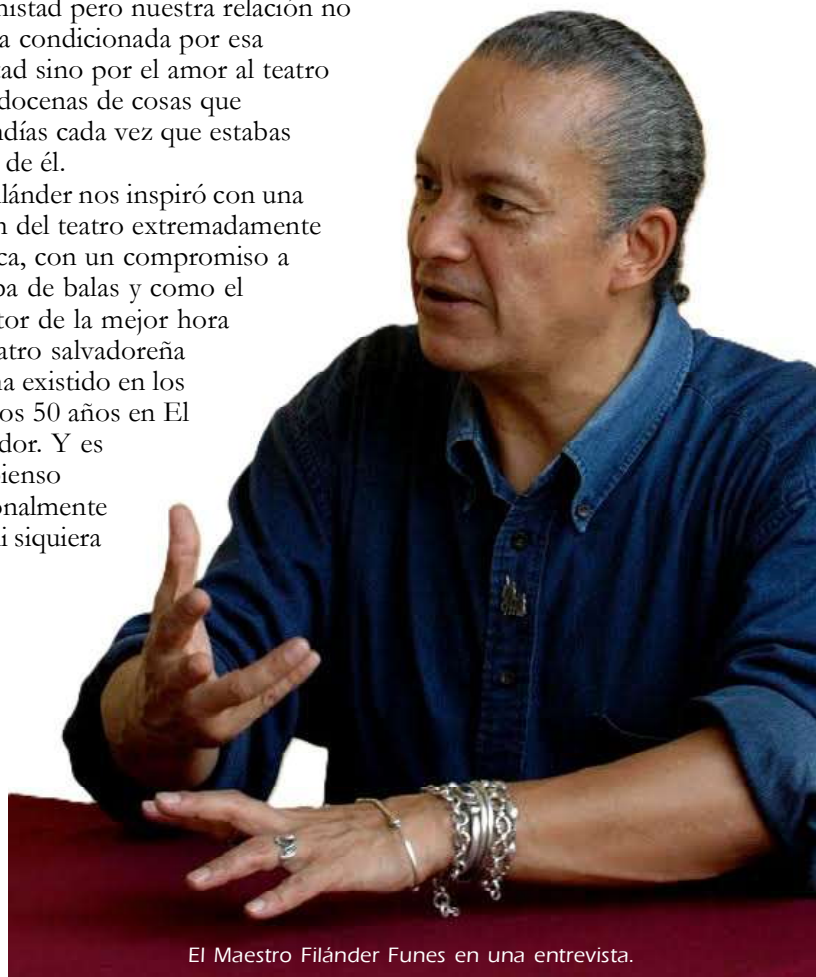
no descansaba en deferencias y cortesías superficiales, sino en una conexión mucho más profunda mucho más intensa, una conexión con lo que estaba sucediendo en el centro del escenario en ese momento.

Defino a Filánder como un genio del teatro salvadoreño, como un artista magnífico con una mente envidiable. Al mismo tiempo lo conocí como persona(hasta cierto punto) y la manera en la que él aceptaba y reconocía con nosotros sus defectos personales. Pero yo entendí algo en ese momento que no éramos amigos sino compañeros de trabajo. Claro que había algún tipo de amistad pero nuestra relación no estaba condicionada por esa amistad sino por el amor al teatro y las docenas de cosas que aprendías cada vez que estabas cerca de él.

Filánder nos inspiró con una visión del teatro extremadamente mística, con un compromiso a prueba de balas y como el director de la mejor hora de teatro salvadoreña que ha existido en los últimos 50 años en El Salvador. Y es que pienso personalmente que ni siquiera

él mismo pudo alcanzar el nivel de genialidad que la obra “En el jardín de las angustias” representó y para quienes tuvimos la oportunidad de presenciar esa experiencia épica, pareciera que hubiéramos visto en ella el rostro de Dios: algo que nunca más volveremos a ver y que quisiéramos con alegría y con dolor poder compartirlo con los demás, y no podemos.

Filander entre muchas otras cosas fue primordialmente un genio del arte en nuestro país y muy personalmente lo categorizo como el mejor director escénico que haya existido en El Salvador.



El Maestro Filánder Funes en una entrevista.

FILÁNDER

Cambió el rumbo de muchos

Escribe: Aída Párraga | Poeta y actriz salvadoreña



Estudiantes de la Escuela Arte del Actor en sus inicios, junto a los maestros Filánder Funes y Víctor Damián Martínez (Tai Chi) en el Teatro Nacional de San Salvador. 1998.

Conocí al Maestro Filánder Funes en 1992, en el espacio íntimo y vibrante de ActoTeatro. Aquel encuentro marcó un antes y un después en mi manera de comprender el arte escénico. Su sola presencia irradiaba humanidad: un hombre cercano, generoso en la palabra y en el gesto, capaz de escuchar con la misma atención con la que enseñaba.

Su vocación didáctica era evidente. No concebía el teatro como un ejercicio aislado de técnica, sino como un proceso de formación integral, donde cada actor debía descubrir su verdad interior y aprender a comunicarla con honestidad. **Filánder tenía la rara virtud de convertir cada ensayo en una lección de vida, transmitiendo disciplina sin rigidez y pasión sin exceso.**

El bagaje cultural que lo acompañaba era inmenso. Se notaba en cada referencia, en cada explicación, en cada ejemplo que compartía. Su condición de discípulo del gran Konstantín Stanislavski le otorgaba una profundidad única: hablaba desde la experiencia directa de una tradición que había transformado el teatro

moderno. Pero lo hacía sin ostentación, con la humildad de quien sabe que el conocimiento solo cobra sentido cuando se comparte.

Ese primer encuentro en ActoTeatro me reveló a un maestro que no solo enseñaba técnicas de actuación, sino que sembraba valores humanos y culturales. Filánder Funes fue, y sigue siendo, un referente de cómo el arte puede convertirse en escuela de vida.

A través de los años, aunque nunca tuve el honor de estudiar o trabajar con él, sí tuve la oportunidad de conocerle, le entrevisté varias veces en LA BOHEMIA, y le fui conociendo como ser humano, su amor por las tablas lo llenaban de luz, su pausada voz, sus movimientos delicados, la plata que siempre le acompañaba en las manos... Siempre vestido de blanco, suelto, libre... Como flotando sobre la vida, me llevó a ver más allá de su palabra. Lo consideré siempre un amigo, lo quise como a uno, lo admiré como a un maestro, lo aplaudí como a un gran actor y director y lo extraño como a un hombre que en su camino cambió el rumbo de muchos.

FILÁNDER

Rara Avis

Escribe: Cirenaica Moreira |
Artista plástica cubana

Filánder fue una “rara avis” entre nosotros; sus largas y extenuantes jornadas de trabajo que no parecían concluir nunca en un estreno, como si para él toda la razón de existir del teatro cupiera en ese espacio en el que nuestros personajes iban naciendo a la vida, de a poco, de su mano. **Creo que no trabajaba exactamente por una concreción sino por un proceso, como si algo muriera de alguna forma en el estreno.**

Puedo entender esa suerte de nostalgia. Creo que se trataba de nostalgia.

Conocí a Filánder en los primeros días de septiembre del año 1987. Fue mi maestro de Actuación en la Facultad de Artes Escénicas del Instituto Superior de Arte, de la Habana, Cuba, y mi maestro en todos los sentidos. Yo estaba en esa edad en que una necesita “matar al padre” así que me di a su magisterio sin cuestionar disciplina ni entrega ni riesgos. Tampoco me era difícil; me había formado en el ballet clásico y venía de una familia de artistas visuales. Su rigor no era algo que pudiese reprochar. Estaba ávida, tenía fuerzas y moría de curiosidad. Quería ser una gran actriz, no importaba el precio.

Su muerte es una herida abierta en el sentido del diálogo que no retorna. Hay una imposibilidad ahí muy difícil de soslayar, más si una piensa en su humanidad; sus fragilidades y grandeza.

No sé la forma en que su legado perdura entre los teatristas cubanos pero me gustaría un día tener esa conversación. En La Habana, en San Salvador, o en la diáspora -donde quiera que se encuentre ese sitio-, adónde vinimos a dar tantos.

Willimantic, Connecticut, marzo 19 de 2026

FILÁNDER

Precursor de la pedagogía **Stanislavsky**

Escribe: Lorena Sáenz | Psicóloga clínica

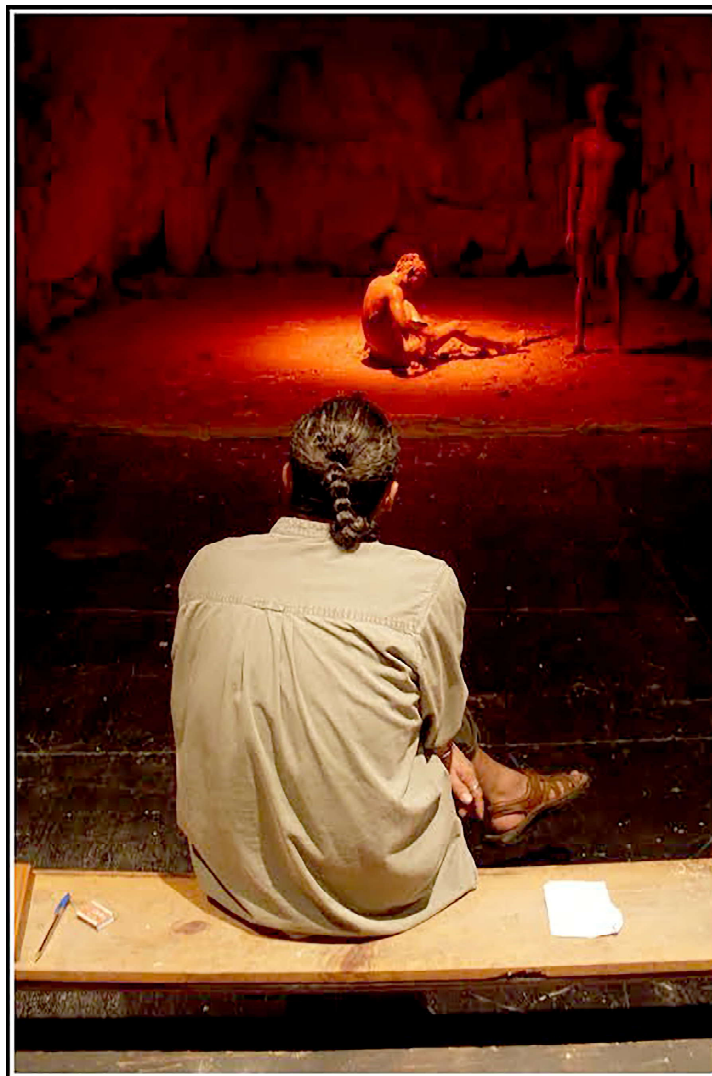
A Filánder lo conocí en el 2002, en su rol de padre de familia. En ese año trabajaba en mi proyecto personal Centro de Atención Psicopedagógico y atendía a su hija Eligia en el Club de Tareas.

También se incorporó a mi proyecto educativo colaborando con una puesta teatral infantil donde los niños y niñas recibían clases de teatro infantil. Esta experiencia facilitó en mí la sensibilización en mayor grado a la cultura teatral.

Lo recuerdo sonriente, con mirada profunda y con mucha fortaleza interior, capaz de transmitir optimismo y las mejores energías para asumir retos, su aroma a patchoulí lo delataba a distancia, con su vestimenta original y su morral al hombro conteniendo mil tesoros.

Era un hombre excepcional, inteligente, sensible, fuera de lo común, de esos seres que dejan huella por siempre, gran amigo, un excepcional actor, maestro y profesional de las artes escénicas.

Considero que el maestro Filánder nos ha dejado un importante legado en la cultura teatral que trasciende las fronteras, precursor de la pedagogía Stanislavsky, no solo actuó, formó actores y actrices, también creó maravillosas obras logrando revolucionar el sentido de hacer teatro desde la vivencia personal e íntima, donde es posible conectarse con la pasión, el dolor, el miedo y el compromiso social.



El Maestro en un ensayo del espectáculo «Y el despertar de la tierra del deseo se hizo hombre...». Escuela Arte del Actor, año 2008.

FILÁNDER

Jamás descuidar el contexto

Escribe: Leonardo Martínez | Pianista y profesor de música

Recuerdo a Filánder como un soñador, un creador amante de los procesos mas que de los resultados; buen lector, intelectual y altamente controversial. Tuve la oportunidad de compartir con él procesos creativos donde hablábamos de los procesos de asfixia. Más de una vez hablamos de «Yerma», de García Lorca y de cómo los procesos creativos se cortaban sin ningún criterio artístico más que el de obtener resultados, ya sean sociales, políticos o religiosos, cuando la misión del arte debe ir siempre mucho mas allá.

Como buen académico, tenía un rico vocabulario.

Como todo ser humano, tenía sus “pilas” idealistas que poco eran comprendidas en la institución, sin embargo, siempre, bien fundamentadas. En las reuniones de trabajo mostraba respeto por sus compañeros, por sus colegas maestros, así como por los estudiantes de su escuela.

Para mí fue un académico que se formó en un país de primer nivel, cuna de grandes autores del teatro universal: hablamos de Chéjov, Gorki, Gogol; asimismo, país de escritores que han dejado un gran legado a la humanidad como Dostoyevski, Tólstoi, Pushkin, entre otros.

Filánder fue un formador que se apegaba no solo al *texto* (lo cual tiene su mérito), sino sobre todo al *contexto* de las obras. Ese ha sido, creo yo, lo que aprendí de él: no descuidar jamás el contexto.

FILÁNDER

Que estés bien

Escribe: Ingrid Elías | Marionetista salvadoreña

Y me dijo: “Tal vez no sabés lo que estás haciendo”. Yo sonreí y respondí que era “tal vez” porque no tenía claro el movimiento del texto anterior. Él sonrió y me dijo: “No es de la pieza de lo que te hablo, es de tu mudanza”...

Trabajé con Filándér antes de irme de El Salvador cuando me casé y decidí irme a vivir a Francia con quien fue mi esposo. El proyecto con Filándér era el montaje de una pieza que presentaría en lo que sería mi próxima residencia. Comenzamos los ensayos en la Universidad Tecnológica, trabajando el monólogo de “La puta en el manicomio” de darío Fo. Llené un cuaderno de apuntes sobre el montaje (Me dije que algún día lo montaría en honor a Filándér, el tiempo ha pasado y se cierra el corazón al recordar).

El haber perdido a un excelente director de teatro, un amigo, un colega singular, con un talento arrollador, siempre hace nacer la tristeza. **Y es que Filándér marcó una manera de hacer las cosas: un procedimiento generoso, un compromiso sellado con verdadera pedagogía, alguien que poseía la capacidad de formar y compartía gratuitamente su saber.**

No hubieron gritos, ni abusos, ni insinuaciones sexuales de ningún tipo, ni prepotencia de ego; había disciplina, trabajo, diálogo, búsqueda de formas y respeto a mis limitantes, sea de horario o de trabajo físico.

Filándér trabajaba en las puestas en escena líneas y equilibrios estéticos, obsesionado por la belleza y la fragilidad humana. Sus trabajos eran originales y estudiados, nunca vulgares, una elegancia en el montaje de un texto erótico, si el autor lo insinuaba.

A Filándér lo conocí mirando sus montajes y luego por amigos en común. Sus movimientos con acento

y el sonido de sus pulseras aunado a su colonia de pachuli, eran determinantes en su singularidad en el medio, aparte de su verdadera simpatía por el oriente medio, incluido en sus outfits.

Yo le pedí que trabajara conmigo, con mucha aprehensión. Lo propuse y él aceptó gratuitamente y así fue naciendo una amistad que atravesó distancias, proyectos, divorcio, sueños y tiempo. En mi última visita a el Salvador habíamos acordado una residencia de creación en un instituto artístico. En ese papeleo de admisión estaba cuando me llegó la noticia de su partida, y se quebró algo para siempre.

Cuando él viajó a Francia, al sur, con la propuesta de escuela, yo vivía en el norte. Me fue totalmente imposible viajar al sur, pero sabía que para él significó mucho. Por ello deseaba que volviera nuevamente a Francia, y a punto de lograrlo, él se fue más lejos.

Que estés bien ahí donde estás, amigo, mis oraciones para ello. Te extraño

Postdata: Todo sigue casi igual de este lado.

FILÁNDER

La danza complementa el entrenamiento del actor

Escribe: Mauricio González | Bailarín y coreógrafo

Me solicitó la dirección de la Escuela Nacional de Danza, que era donde yo enseñaba, y consideré darle mi cooperación, integrándome a sus clases para entrenar a sus estudiantes del CENAR.

Lo recuerdo repitiendo constantemente: **“Hay que adquirir formas de desarrollo, como fluidez, amplitud, cadencia en el gesto, naturalidad, plasticidad y ritmo”.**

Era alguien convencido que el trabajo físico y mental de la danza es un complemento que ayudaría al entrenamiento de lo actor, especialmente su disciplina. El quería ver cuerpos ágiles y eficientes físicamente en el escenario.

El maestro hacía mucho énfasis en mover el teatro hacia adelante, creando vida en la espiritualidad humana y exigiendo que la expresión tuviera una forma bella, artística.



Filándér Funes con sus compañeros de estudio en Lenningrado, Unión Soviética.

FILÁNDER

De los últimos de su especie

Escribe: José Carlos Ramos | Actor y profesor de teatro



Maestro Filánder Funes durante un ensayo del espectáculo «Vuelo de nostalgias», Escuela Arte del Actor, Pequeña Sala del Teatro Nacional, 2010.

A Filánder lo conocí a finales de los noventas... cuando surge una invitación de parte de CONCULTURA, (en aquel entonces) para ser parte de una Escuela de Teatro. Fué una convocatoria abierta, para interesados con cierta experiencia en artes escénicas, en búsqueda de una formación seria, bajo el método de K. S. Stanislavski.

Salió en el diario oficial de aquel momento. Un gran filtro, solamente serían 25 elegidos a nivel nacional.

A Filánder lo recuerdo como un personaje vivo. Tenía un ángel especial, garbo, su voz resonando y su intelectualidad en cada tema. Educado, culto e incompreso al mismo tiempo. Era irreverente. Detallista en demasía. Místico, pulcro, auténtico y reservado.

Vestimenta blanca, bañado en aceite pachuli. Las pulseras de plata, saturaban sus muñecas.

Fue un forjador de cultura teatral, ortodoxo del método Stanislavskiano. Amante del Teatro hasta las gónadas. Irrepetible. Un director y maestro de los que ya no hay. Era de los últimos de su especie en cuanto a pedagogía teatral. Director pleno.

Hablar de Filánder Funes, es hablar de un monstruo en las artes

escénicas. Dejó un gran legado en cualquier latitud donde dirigió y enseñó Teatro.

Extraño sus conversaciones. Le agradezco sus enseñanzas en la Escuela arte del actor; entré al año siguiente de la convocatoria. Sus conversaciones eternas cargadas de sabiduría. Fue un erudito. Su ausencia pesa hoy día.

Debe estar triste, o riéndose quizá; con la carcajada elocuente y vivaz que le caracterizaba, del absurdo momento cultural en que vivimos actualmente... pues no hay obras de teatro en los teatros nacionales, solo danza en todas partes, por obvias razones, danza en la gran sala, en el Presidente, etc.

Su ausencia pesa hoy día. Su resistencia, su voz, es tan necesaria en estos momentos de fragilidad en el quehacer teatral.

Filánder era Lorquiano:

“Un pueblo sin cultura teatral, sino está moribundo... está muerto” nos diría.

FILÁNDER

Construía escenas al compás de los sonidos

Escribe: Israel Elías Bojorge | Folklorista y músico

Mi comentario nace desde la sinceridad de quien fue su compañero y amigo en el Centro Nacional de Artes (CENAR). El maestro Filánder era una persona con quien se disfrutaba conversar; se concentraba tanto en lo que decía que, por momentos, parecía estar actuando sobre un escenario. Estar con él significaba vivir el teatro de manera constante.

Fue un hombre noble, honesto, humilde y sabio. Lamentablemente en sus últimos momentos en el CENAR no se le valoró como lo merecía; lo despidieron bajo el pretexto de estar “fuera de época”, ignorando la riqueza de su legado.

Desde mi campo musical solíamos reunirnos como amigos para realizar audiciones de mis trabajos etnomusicológicos. Mientras yo ejecutaba el pito y el tambor o realizaba alguna danza, el maestro Funes se sumergía por completo en la música. El lograba visualizar imágenes que luego explicaba con precisión, moviendo sus manos y respirando profundamente, con la mirada perdida en la escena que construía en su mente al compás de los sonidos.

El integraba la música al movimiento corporal, dotándola de expresión, sonido y narrativa.

¡Fue un excelente profesional y un gran maestro!

“Su ausencia pesa hoy día. Su resistencia, su voz, es tan necesaria en estos momentos de fragilidad en el quehacer teatral”.

—JOSÉ CARLOS RAMOS

FILÁNDER

Director escénico increíble

Escribe: Giovanni Gil | Artista plástico y profesor de artes plásticas

Conocí de Filander Fúnes antes de conocerle...

En mi adolescencia tuve una cercanía con la mamá de Filánder y con su familia, ya que la mamá de Filánder, una gran maestra, le dio clases a mi hermana en primer grado.

En cierta ocasión me preguntó que iba a estudiar en el bachillerato, y le comenté que estudiaría el bachillerato en Artes en el CENAR (Centro Nacional de Artes), y ella me comentó que tenía un hijo que había estudiado ahí, pero que estaba en el extranjero...

Con el pasar del tiempo, hice un viaje a Casa de las Américas (Cuba), estando ahí logré conocer a Yana Elsa Brugal, ella había sido esposa de Filánder, y a Mauricio, hijo de ambos.

El Eterno me había trazado la ruta, pero no tuve en ese momento la oportunidad de conocer al Maestro.

Con el transcurso del tiempo me involucré con la compañía de Teatro "Sol del Río", y estando ahí tuve la oportunidad de conocer a Filánder,

un ser humano consciente de sí mismo, un profesional de primer nivel, director escénico increíble....

En la compañía de Teatro «Sol del Río», montó una obra escénica con Ana Ruth Aragón, y Dinora Cañénguez, dos talentosas actrices salvadoreñas, y grandes seres humanos, la obra se llamó "Blanco sobre blanco, estudio inconcluso».

En dicho montaje escénico, Filánder, puso de manifiesto su potencial, su profesionalismo.

En esa época logré conocerlo bastante bien, y mucho más adelante como compañeros en el Centro Nacional de Artes -CENAR, donde terminamos de fortalecer nuestros vínculos.

Cuando supe la manera trágica como había concluido su existencia en este mundo, fue una noticia muy dolorosa

Pero él seguirá siendo en la mente de muchos, una gran persona, un gran artista, un excelente Director de Teatro.

Su legado es histórico y su huella es imborrable.

Hasta siempre Filánder Funes.

FILÁNDER

Su legado es relevante para el teatro salvadoreño

Escribe: Homero López | Profesor de teatro del CENAR

Conocí a Filánder Funes en diciembre de 1973, durante un paseo de vacaciones en la ciudad de Aguilar. Él estaba en el plan básico, ensayando con el grupo de baile folclórico. Éramos jóvenes soñadores, enamorados del teatro, promocionando el Bachillerato en Teatro, donde Filánder se matriculó al año siguiente.

Recuerdo a un hombre seguro y apasionado por su pertenencia al teatro: elocuente, conocedor de su arte, creativo y entregado a su profesión.

Su legado es relevante para el teatro salvadoreño, ya que inició, motivó y formó a varios artistas que hoy son representantes de la escena nacional.

FILÁNDER

Su recuerdo lo llevo en mi alma

Escribe: Eliomin Zelaya | Tenor y cantante de música popular y Bell canto

Mi experiencia con el Maestro fue de cuándo trabajamos en la ópera *Madame Butterfly*. No fue mucho tiempo, pero **la calidad de su trabajo era muy buena, la experiencia fue única, su técnica maravillosa y su recuerdo lo llevo en mi alma.**



Maestro Filánder Funes, director escénico titular Ópera de El Salvador. Montaje «Madame Buterfly».

FILÁNDER

Nos hicimos cheros en La Luna

Escribe: Julio Molina | Músico y luchador social

Estudiamos en la misma institución el bachillerato en artes (excelente idea) en El Salvador, pero ahí no nos conocimos, pues él egresó en 1975 y yo finalicé mi tercer año en 1971 (eran tres años de estudio). Él estudió Teatro y yo Música.

Fue en la famosa Luna Casa y Arte, lugar de encuentros y reencuentros, donde nos conocimos y nos hicimos cheros. Yo trabajaba ahí, por lo que, cuando él llegó por casualidad a una tienda en la avenida San Isidro, se sorprendió al verme de vendedor y comenzó su plática indagatoria, explorando la razón de mi “situación”.

Le expliqué que la tienda era de mi compañera Sandra Beatriz, y que yo ya no trabajaba en La Luna.

Lo recuerdo con su porte y aspecto impecables, su camisas cuello Neru y su perfume característico: Pachuli.

Me dijo que buscaría las posibilidades de encontrar algo para mí, me contó par de cosas y se marchó.

Cuando uno está fuera del show, el que alguien se acerque y nos dé palabras de aliento es bastante, y si además te ofrecen su apoyo, en ese momento es suficiente.

Me sorprendió saber que días después de nuestro encuentro Filándér Funes había sido atropellado en la zona de Los Chorros por un vehículo, mientras cambiaban una llanta del que los conducía a San Salvador, el 17 de mayo de 2015.

20 de marzo de 2026



Filándér Funes impartiendo clases a alumnos de la recientemente inaugurada Escuela «Arte del Actor», año 1998, Teatro Nacional de San Salvador.

—Inocencia, sintaxis y olvido—

Geopolítica para personas incrédulas que no han olvidado a Nuestra América

Escribe: Rafael Paz Narváez

Nuestra América no aparece en los mapas del poder porque el poder no sabe cómo decir su nombre sin pensarla como colonia.

Los mapas se venden como dibujo del mundo, para saberlo. Se colorea en bloques de países, de tierras y mares, y sueñan que el planeta es un nudo de alianzas y mal avenidos pleitos. Ahora en este siglo 21 aparecen el eje euroatlántico, el encuentro sino-ruso, las potencias Irán, Turquía, Brasil, y otras que se dejen, como bisagra y puntos calientes donde la muerte colateral es un recuento en los noticieros. El mundo-tablero parece comprensible y se observa desde arriba.

Sin embargo, los mapas también son una confusión.

En esa cartografía de la guerra híbrida global, América la Nuestra aparece en un fondo difuminado, como una zona sin verdadero dueño y con nombres prestados. Se asume que no está en el planeta para definir el orden del mundo, está para estar abajo de ese orden, sosteniéndolo.

José Martí lo advirtió con su claridad luminosa e incómoda. Nuestra América, que se mantiene originaria, latina y mestiza, será y es libre cuando se piensa desde sí misma y construye formas de gobierno desde las raíces de su realidad, cuando ya ha reconocido que nuestros pueblos han decidido hacerse en la historia, cuando nos unimos frente a las formas extrañas, externas e internas de dominación. Este dilema no ha desaparecido, sigue aquí, en este mapa, sólo se está transformando.

Desde la política de seguridad nacional del imperio estadounidense la guerra colonial contra Nuestra América es territorial, cognitiva, económica, digital, híbrida en el sentido más abyecto. En este mapa, América, la Nuestra, no es el centro del conflicto global, pero es necesaria, precisa. Se la piensa como territorio en disputa menor, se la piensa para demostrar capacidad de dominio, fuente agotable de recursos, colocar las zonas de sacrificio y el lugar para demostrar que la obediencia rima con dependencia.

Los mapas no mienten, se dibujan con el lápiz de la conquista y se desdibujan con el de la emancipación. Los mapas muestran adónde se despedazan pescadores con misiles, adónde las operaciones especiales de secuestro marcan la agresión y adónde se aprende a borrar la memoria de los pueblos.

Por eso los miramos con incredulidad. Mientras los estados gigantes se disputan el mundo en mayúsculas, Nuestra América sigue enfrentando aquel viejo problema en nuevas formas: ser pensada desde fuera o pensarse desde sí misma.

Este problema no lo vamos a resolver en un mapa. Lo resolveremos en la decisión de dejar de ser territorio y empezar a ser historia, nuestra historia.

ITALIA

La poesía es

Escribe: Vito Davoli

Todos y cualquiera, a lo largo de la historia de la literatura, han intentado dar una definición de la poesía. Probablemente sea el paso necesario antes de llegar a establecer si tiene una utilidad y cuál. Y aunque todas las definiciones sean justas y con pleno derecho de ciudadanía, ninguna de ellas basta para definir la poesía en su conjunto y en cada uno de sus matices.

Siempre he considerado que la mejor práctica para llegar al núcleo de la cuestión consiste en reducirlo todo a sus mínimos términos, para alcanzar el centro mismo de la significancia, la esencia. Y me gusta pensar en dos definiciones que llevo conmigo como referencia: la fascinante de Giuseppe Ungaretti, quien sostenía que la poesía es un simple conjunto de vocales y consonantes entre las cuales, de pronto, brilla una *luz*; y la solemne de Mircea Cartarescu, que define la poesía como, de hecho, el otro nombre de la *libertad*. Libertad —añado— en el sentido más alto del término, es decir, como elección nunca separada del valor de la responsabilidad de esa elección. Pasolini veía la poesía como un “feliz” puesto de avanzada, capaz de mantenerse al margen y *resistir* los seductores juegos del capitalismo y de las leyes del mercado, por una cualidad intrínseca a su propia naturaleza. Y Kafka sostenía que la literatura (y por tanto la poesía, como su forma más alta) no tiene la obligación de consolar ni de alegrar, sino más bien de *despertar las conciencias*. Debe ser un hacha que rompa el hielo de las mentes de las personas, escribe nuevamente Mircea Cartarescu.

La poesía pertenece a un pensamiento “diferente”: no cabe duda de que la tarea del poeta es mostrar aquello que no se ve a simple vista; su oficio sagrado es la *diversidad*. Más allá del espectro de lo visible objetivo, el poeta actuaría en el “infrarrojo” y en el “ultravioleta” de la realidad, que son parte integrante de esa misma realidad visible: invisibles por la incapacidad del ojo



Fernando Pessoa. Arte: Gonzalo Frangi

humano, no inexistentes. Y esto nos acerca a la idea del *pensamiento diferente*.

Es cierto: la poesía no cambia el mundo. Sin embargo, puede cambiar las perspectivas desde las cuales observamos la realidad y, sobre todo, los *lenguajes* que utilizamos para definir esas realidades. Y las palabras marcan la diferencia. Encuentro que ahí reside precisamente el sentido del étimo *poiëin*: crear en el sentido de definir, de dar a las cosas su propio nombre y distinguirlas de lo que no son, tal como ocurre en el Génesis en el acto de la creación. Ateniéndonos al simple relato, más allá de la propia fe y de que se crea o no, es la *palabra* la que crea. «Y *dijo* Dios: Sea la luz; y fue la luz. Y vio Dios que la

luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas. Y *llamó* Dios a la luz Día...». Encontrarse ante expresiones como “paz justa” o “misiones humanitarias” debería llevarnos a preguntar: ¿pero qué? ¿existe acaso una paz injusta? ¿Y esas “misiones humanitarias” no serán, en realidad, “guerras”? Entonces sí, la palabra puede definir realidades. Dominantes y alternativas. Y la poesía, a la que no le es dado mentir, es sin duda capaz de dibujar el mundo de otro modo, de recolocar al ser humano en el lugar que le corresponde y de *resistir* a arquitecturas dogmáticas que suelen pagarse a un precio altísimo y nunca en beneficio de la colectividad. Mucho menos de los más débiles.

Y así, recorriendo nuevamente el camino de la reducción a los mínimos términos, diría que, ecuménica y (r)existencial, la poesía simplemente es. Y es aquello en lo que ella misma deviene.

—Vito Davoli

(Bari, Italia, 1973), es poeta, escritor, crítico literario, traductor y diseñador. Licenciado en Literatura clásica con una tesis sobre epigrafía griega. Redactor de la prestigiosa revista literaria «La Vallisa», una de las más longevas revistas literarias italianas

—La otra orilla—

Búsqueda sin término**Escribe: Álvaro Mata Guillé**

Al nacer

-al abandonar el agua que nos sumerge en la noche del útero-
la inmensidad se abre en nosotros,
nace sin nacer en el mundo
preguntándose por las cosas que son ella misma.

La inmutabilidad de la lejanía en continuo movimiento
se adentra en los nombres,
se mezcla a la tarde, a la niebla, al murmullo,
al canto, a la sangre, a lo indiferente.

Al morir,
al regresar a la quietud del crepúsculo,
al apagarse la ilusión de ser con la consciencia,
el universo deja de percibirse,
vuelve al silencio que envuelve la noche,
se apagan los nombres.

En el allá del aquí en el origen,
en el antes de ser o no-ser lo que somos,
emerge la poesía:

de la necesidad del cuerpo por decir y palparse,
de la pulsión del cosmos enfrentado al abismo sumido
en las sombras,
del grito pegado a los signos de signos que definen las cosas:

las personas, la sociedad, el deseo,
el viento en las hojas que huyen en el árbol,
la luna que abraza el humo del río,
lo distinto,
lo mismo.

Pero nuestros días
-días que transitan aferrados a la vaciedad del lenguaje-
dejan de lado que, al venir de lo ausente,
somos lo ausente,
que no estaremos porque nunca hemos estado,
que en nosotros habla la bestia,
-la penumbra, lo ominoso,
la orfandad-,
también la incertidumbre, el mutismo,
la ceniza,

y aunque estructuremos las cosas
en el espejismo de los «grandes títulos»,
en la presunción de las prebendas,
en la banalidad que intenta huir de la muerte,
caminamos de una noche a otra,
de una sombra a otra,
a la ausencia antes de lo ausente

(**Búsqueda sin término**,
título del libro de Karl Popper)

—Offside—

Destruyete tú mismo**Escribe: Matheus Kar**

Si Augusto Monterroso estuviera vivo —en estos tiempos, en estos días convulsos, en que filósofos como Byung-Chul Han nos piden que no hagamos nada—, en vez de haber dicho: «Poeta, no regales tu libro, destrúyelo tú mismo», habría dicho: «Poeta, no te regales, destrúyete tú mismo».

¿De qué sirve un poeta que no incomoda? ¿Un poema que no *conmueve*, que no mueve, que no desplaza algo del centro al margen?

¿Para quién es el Día de la poesía? ¿Para los poetas? ¿Para los lectores/consumidores? ¿O para las librerías? Nos dicen que leer es importante, pero no nos dicen qué hacer con eso que leemos. Obviamente, no es lo mismo un Borges que un Coelho; una Simone Weil que un Byung-Chul Han; un Monterroso (Augusto) que un Alberto Chimal. Unos son amables con el sistema y los otros quieren derribarlo.

Escribir nace de la necesidad y la necesidad nace de la insatisfacción: algo en esta realidad necesita un cambio. Tal vez la literatura no cambia la realidad, pero sí cambia la forma en que la vemos. Y por eso la poesía es necesaria: el mundo, tal como está, necesita ser cambiado.

Roberto Bolaño tuvo razón: «Antaño los escritores provenían de la clase alta o de la aristocracia y al optar por la literatura optaban, al menos durante un tiempo que podía durar toda la vida o cuatro o cinco años, por el escándalo social, por la destrucción de los valores aprendidos, por la mofa y la crítica permanentes. Por el contrario, ahora, sobre todo en Latinoamérica, los escritores salen de la clase media baja o de las filas del proletariado y lo que desean, al final de la jornada, es un ligero barniz de respetabilidad. Es decir, los escritores ahora buscan el reconocimiento, pero no el reconocimiento de sus pares sino el reconocimiento de lo que se suele llamar «instancias políticas», los detentadores del poder...». ¿Quién puede imaginarse a Rimbaud deseándole feliz Día de la poesía a Verlaine? ¿A Poe regalándole su libro a un diputado? ¿A Kerouac cuidando sus palabras en la presentación de su libro en la Biblioteca Nacional?

El poeta no tiene tiempo para cócteles, ceremonias, alfombras rojas, ni siquiera para vender su libro... El poeta está más allá de la transacción bancaria. En medio de la lluvia nuclear, el poeta es quien dice (cuando le ofreces tu libro): «¡Apártate, que me tapas la nube en forma de hongo!».

Destruirse a sí mismo es la actitud moral del poeta. Mientras los gobernantes, las naciones, echan a sus ciudadanos del mundo, el poeta lo abandona porque le parece insuficiente. El poeta señala una ruta, un éxodo... Conformarse con este mundo es llevar a los lectores al matadero.

Como diría el loco de Mondragón antes de volver al manicomio: «¡Sois ustedes los que están en la cárcel, yo no!».